

DOMINGO XVIII T. ORDINARIO. CICLO A

Con ojos nazarenos

HH. SAGRADA FAMILIA



LAS LECTURAS

-Is 55,1-3

-Sal 144

-Rom 8,35. 37-39

-Mt 14,13-21

Al enterarse Jesús de la muerte de Juan el Bautista, se marchó de allí en barca a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. Al desembarcar, vio Jesús al gentío, le dio lástima y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle:

-Estamos en despoblado y es muy tarde; despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer.

Jesús les replicó:

-No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer.

Ellos le replicaron:

-Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces.

Les dijo:

-Traédmelos.

Mandó a la gente que se recostara en la hierba, y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

EL COMENTARIO DESDE NAZARET

"Partió los panes y se los dio a los discípulos"

Al discurso de las parábolas sigue en el evangelio de Mateo una sección narrativa de la que forma parte el milagro de la multiplicación de los panes que leemos en este domingo. El hecho es narrado por todos los evangelistas y, si nos atenemos a la opinión de la mayoría de los comentaristas actuales, Mateo, siguiendo a Marcos, narra dos veces el mismo acontecimiento. En todos los relatos evangélicos el sentido global del milagro es el mismo, pero cada uno de ellos presenta algunas particularidades que nos ayudan a penetrar con mayor profundidad en el mensaje de la Palabra de Dios.

Mateo sigue, en general, la narración del episodio hecha por Marcos. Nos fijaremos, pues, más bien en las particularidades que ofrece.

Mateo ofrece una explicación al hecho de que Jesús estuviera en lugares poco frecuentados o desérticos: la reciente muerte violenta del Bautista, cuyas consecuencias podían ser negativas también para él. Aun así, "la multitud lo seguía", anota sólo Mateo. Aparece así más destacada la figura de Jesús como guía del pueblo que, a través del desierto, lo lleva al banquete de la nueva alianza. Será él, en efecto quien dará el verdadero maná. Aquí puede oírse la resonancia de la 1ª lectura.

Tenemos tres detalles en la narración de Mateo que acentúan la dimensión eucarística del milagro. El primero se refiere al momento en que se produce: "al caer de la tarde". Es la misma expresión empleada por el evangelista en la última cena de Jesús con sus discípulos (Cfr. 26,20). Por otro lado, cuando los discípulos ponen a disposición del maestro lo poco que tienen para tantos, el evangelista concreta exactamente que se trata de cinco panes y dos peces. Pero cuando se trata de distribuirlos a la gente, en Mateo sólo se habla de los panes. ¿Omisión involuntaria o subrayado del elemento empleado también en la eucaristía? Pero evidentemente es sobre todo la coincidencia de los gestos de Jesús (bendecir, romper y distribuir) lo que más hace entrever la dimensión eucarística. Los otros detalles ayudan también.

Cabe igualmente destacar cómo es distinta la actitud de Mateo y la de Marcos cuando se trata de describir el papel de los discípulos de Jesús en el acontecimiento. Marcos subraya la incomprensión y desconfianza (Mc 6,37), mientras que en Mateo se cuenta con ellos para la realización del gesto milagroso. Quizá se dé a entender así a qué funciones eclesiales estaban llamados...

En la lectura litúrgica del milagro los otros dos textos de la misa amplían el sentido de don gratuito que tiene la multiplicación del pan y la abundancia de los bienes de la salvación (1ª lectura); como también la liberalidad y consistencia del amor de Dios manifestado en Cristo, al que ninguna otra potencia ni dificultad puede vencer (2ª lectura).

La insistencia en la perennidad de la alianza ofrecida por Dios habla ya bien claramente de ese amor inquebrantable que Dios tiene al hombre y que se ha manifestado en Jesús.

Nazaret

El misterio de Nazaret consiste esencialmente en la presencia humana del Hijo de Dios durante años en el seno de una familia. Su presencia viva, tangible, cotidiana es el centro de la experiencia humana y espiritual de María y de José, quienes constituyen en torno a él una comunidad de fe. Esta comunidad que vive a diario la presencia de Jesús y lo tiene como punto de referencia de su ser y de su actuar es ya esa comunidad mesiánica de gente humilde que lo seguirá y creará en él durante su vida pública y por lo tanto la imagen más cercana a esa otra comunidad que llamamos Iglesia.

La comunidad de Nazaret, que vive de forma inmediata la presencia de Jesús, nos ayuda a entender la comunidad en la que el evangelio se hace palabra escrita, mensaje de salvación para todas las generaciones. Hay un rasgo que une, como un hilo de oro, la comunidad cristiana a la que se dirige Mateo en su evangelio y la familia de Nazaret: es la estima por la presencia del Señor. El evangelio de Mateo se cierra con estas palabras: "*Mirad que yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin del mundo*"(28,28). Ese "cada día" realizado en el signo sacramental y en los otros signos de la presencia de Cristo resucitado, esta muy cercano a la cotidianidad de la experiencia de Nazaret.

Y es esa experiencia de la presencia del Señor la que, creemos nosotros, lleva a la comunidad de Mateo a ver en la narración del milagro de la multiplicación de los panes un anuncio más o menos explícito de esa otra multiplicación que se produce en la "fracción del pan", en la eucaristía. De esa forma la narración del milagro no es la simple crónica de un hecho más o menos maravilloso en la vida de Jesús, sino que se carga de un significado nuevo y vivo para la Iglesia de todos los tiempos y para cualquier comunidad cristiana.

La meditación de la experiencia de Nazaret nos permite así entrar en el corazón mismo del misterio cristiano subrayando un rasgo que es esencial para la Iglesia y para toda comunidad cristiana. El Vaticano II, hablando de los religiosos, se expresa así: "*La comunidad, como verdadera familia, reunida en nombre del Señor, goza de su divina presencia (Mt 18,20) por la caridad que el Espíritu Santo difunde en los corazones (Rom 5,5)*". P.C. 15.

Y en un texto de alcance más universal: "Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo "que fue entregado por nuestros pecados" y resucitó por nuestra salvación" (Rom 4,25), y habiendo conseguido un nombre que está sobre todo nombre, reina ahora gloriosamente en los cielos. Tiene por condición la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó (Cfr. Jn 13,34). Tiene por último como fin la dilatación del Reino de Dios... "(L.G. 9).

*Señor Jesús, que dándote totalmente a nosotros
nos has mostrado de forma patente el amor de Dios,
queremos cantar la victoria de ese amor
eterno, pleno, transfigurado,
a pesar de las dificultades y limitaciones,
en medio de las cuales estamos viviendo.
Confiamos en la fuerza del Espíritu Santo
que continúa construyendo la Iglesia entorno a ti
y nos da la certeza de que el amor del Padre
dura siempre.
Queremos renovar constantemente
la experiencia de comunión
con Dios y con los hombres
que tú nos propones cada día en la eucaristía.*

Comunión

Si meditamos con atención el evangelio de este domingo, vemos que a través de él se desarrollan dos secuencias lógicas que se oponen radicalmente y entre las que se mueve también muchas veces nuestra vida.

Una es la interpretación de los hechos que dan los discípulos de Jesús y la solución que proponen: hay mucha gente, el lugar es desértico, se hace tarde... luego lo mejor es la dispersión de la multitud y que cada uno trate de solucionar el problema de la subsistencia como pueda...

Totalmente distinto es lo que propone Jesús: reunir la gente, decirle que se siente y darle de comer...

La solución imaginada por los discípulos es realista y de una racionalidad impecable, pero tiende hacia la disgregación, hacia la insolidaridad, lleva a que cada uno se refugie en su esfera privada... Lo que Jesús propone, por el contrario, promueve de inmediato la participación y la comunión.

La exégesis racionalista ha querido a veces explicar todo el contenido de este pasaje del evangelio a base de ese mecanismo de tipo social. El milagro consistiría únicamente en repartir bien lo que el grupo tiene porque ha sabido encontrar a alguien que sabe estimular el dinamismo de la solidaridad. Pero el dato evangélico desautoriza esas interpretaciones: "Solo tenemos cinco panes y dos peces... Comieron unos cinco mil hombres...".

Jesús no es sólo, como José en Egipto, un buen administrador de lo que la naturaleza produce. Su acción encierra un misterio que va más allá del saber distribuir bien o de saber organizar a la gente. Pero no por eso es menos cierto que el milagro viene a confirmar y, por así decirlo, a ratificar el movimiento de comunión que las palabras y los gestos de Jesús habían suscitado. Se constituye así el grupo inmenso de "los que habían comido".

El evangelio de Juan (cap. 6) explica, sin embargo, la fragilidad de ese grupo que se consideró ya saciado por haber comido el pan material una sola vez y no supo buscar el otro tipo de alimento que Jesús ofrecía también.

H. TEODORO BERZAL. FSF.